

**Antonietta Potente, María-Milagros Rivera Garretas,**  
***Cuando Ella viene. La escritura inspirada.***

**Ilustraciones de Antonietta Potente, Madrid: Edición independiente, 2023. Colección A mano, 8. ISBN: 978-84-09-54822-4; 105 pp., 15 €.**

**Chiara Zamboni**

Università di Verona (Italia)

He leído el diálogo entre Antonietta Potente y María-Milagros Rivera Garretas sobre la palabra que inspira, la palabra creadora, poética, y me he enamorado inmediatamente de él, porque habla de una experiencia de la escritura sobre la que me he interrogado mucho.

Así que empiezo hablando de mí, que no es lo más correcto cuando se quiere presentar un libro, pero lo que he comprendido y aprendido a lo largo de la vida es el motivo de mi entusiasmo por el libro, precisamente el motivo por el que lo presento ahora. Por lo demás, al principio de *Cuando Ella viene. La escritura inspirada*, se lee expresamente que “Este librito está escrito para leerlo con calma, contemplando lo leído hasta sentirlo profundamente y añadir las propias visiones o aportes”. Yo lo he leído y releído, pero sin calma, porque el entusiasmo apremia la lectura y lleva a los puntos esenciales. Los más amados.

El diálogo entre Antonietta y Milagros afecta a algo que me ha tocado vivir en la escritura filosófica, que es una de las experiencias más importantes de mi vida. Como dice sobre todo Antonietta, tampoco yo quedaba satisfecha con lo que escribía. Faltaba el gusto, el placer de la escritura. Sabía escribir, sí, pero quería otra cosa. Me acuerdo de una estudiante que escribía la tesis trayéndome un montoncito de páginas solo de vez en cuando. Lograba escribir con rigor en el momento en el que el placer de la palabra le permitía situar como en un dibujo perfecto todos los conceptos. Si no, los conceptos se desperdigaban. Como yo. La posibilidad de pensar tenía -y tiene- necesidad de un placer de la escritura. Me sentía fuera de contexto, pero el trabajo

que empezó Luisa Muraro sobre la lengua materna y que después tomamos y seguimos en *Diótima*, me descubrió lo que, en realidad, ya sabía por experiencia: tenemos disponibles las posibilidades de una lengua afectiva corporal en la que las cosas y las palabras resuenan entre sí. Y por lo general, cuando ahora pierdo el hilo de esta participación en la lengua durante su génesis, leo textos poéticos que amo, como los de Mariangela Gualtieri, de Marina Tsvetáieva, de Marguerite Duras, y esto me devuelve a la sintonía con ese manantial de palabras, pensamiento, cosas, cuerpo, que se remiten unas a otras.

Precisamente por ello, dado que ahora sé reconocer cuándo opero creativamente con la escritura –y son los momentos en los que voy arriesgando sobre los significados, procediendo sin garantías– sé apreciar también la escritura que es un clarificar dentro de sí ciertas ideas ya pensadas para restituirlas enriquecidas, intensificadas, iluminadas.

El diálogo de Antonietta Potente y de María-Milagros Rivera se concentra solo sobre la práctica de la escritura creativa, poética, que ellas llaman inspirada. Es una hermosa palabra, “inspirada”. Remite a espíritu, a sopro, a pneuma. Algo te sopla dentro la palabra. Algo impersonal que podemos acoger o no. La figura de la Anunciación se repite en su texto. El ángel anuncia a María el deseo que el Señor tiene para ella y María acoge y acepta lo que el ángel le dice. Pronuncia un sí a esas palabras imprevistas, fuera de lo sabido y conocido. Su vida será transformada por ese asentir y dar existencia. Así es en la escritura la palabra inspirada. Ocurre, es imprevisible. Es profundamente transformadora. Apresta en un camino del que se sabe cómo empieza y no se sabe adónde se llegará. Antonietta y Milagros lo repiten: empezar a escribir inspiradamente implica no saber qué diremos, aunque procedamos orientadamente. Por lo demás, es precisamente así con todo texto en el que arriesguemos y sintamos creativo. Se transforma con la escritura y nosotros mismos nos transformamos con él. Al final del texto seremos distintas.

Es recurrente en el diálogo la idea de que es la noche, cuando se está en vela, la cuna de la palabra inspirada. En el silencio, cuando todo calla. En la soledad. Entonces sopla el espíritu, toma forma una idea, una palabra, una frase que esperábamos y no sabemos cuál será. Los sueños son también los lugares donde muchas situaciones indeterminadas hallan el soplo orientador al que podemos dar forma concreta.

Es también divertido y cierto lo que dicen de que entonces todo es apuntar, tener hojitas a mano, billetes de autobús. Para no olvidar. Y esto pasa, obviamente, también de día. Pero la noche es para ellas el momento propicio. Como es favorable la soledad. Añadiría, porque me pasa, una soledad que se puede vivir también entre los demás.

Central en el diálogo es, por tanto, el hecho de que las ideas no son subjetivas ni construibles ni mucho menos controlables. Se dan independientemente de nuestra voluntad. De ahí la actitud de humildad al respecto, respecto al pensar. Se recupera una figura que sale en muchos textos de mujeres medievales que sigue la fórmula que podría reconstruir así: “Yo no soy nadie sino una humilde mujer. Pero he recibido la palabra y la digo por obediencia”. De este modo, esas mujeres medievales y también las de hoy, que no construyen ideas sino que se ponen en posición de acogerlas, se vuelven mediadoras vivientes. Mediadoras de algo que no saben pero van haciendo existir en la escritura.

También en el caso de Antonietta y Milagros, su autoridad depende del haber renunciado a la centralidad del yo, al narcisismo, y de su haber aceptado que la inspiración viene de otro lugar y que solo así será levadura de una escritura transformadora.

Ambas se hacen una pregunta fundamental. ¿De dónde viene la escritura inspirada? Es una pregunta que en su texto no tiene una respuesta unívoca, pero lo que de ello dicen remite a la realidad, a la vida, al enigma que esta es.

Es, pues, la realidad viviente quien inspira la palabra. Para Antonietta en particular Misterio y vida son palabras casi equivalentes.

Pero ¿qué se entiende entonces por realidad y qué relación tenemos con ella? Cada una puede responder sola a esta pregunta basándose en su experiencia, pero a mí me parece que la invitación esencial del texto es la de entender nuestros vínculos con la realidad, de modo que cuando escribimos arriesgadamente, sin barandillas, respondemos a la realidad, expresándola. Es precisamente entonces cuando obedecemos a ella y a su enigma.

Son interesantes algunas divergencias entre Antonietta y Milagros sobre la cuestión de la realidad. Probablemente, la inspiración no viene directamente del contexto pero al mismo tiempo depende de lo que la realidad nos incita a decir. Según Milagros, las mujeres que le invitan a hablar de ciertos asuntos plantean en la pregunta su relación con el mundo. Y Milagros, atendiéndolas, pone a su vez en juego su propio vínculo inspirado con lo real, que no necesariamente coincide con el de ellas.

Más complejo es lo que dice Antonietta. La vida es tejido simbólico enigmático, que se revela en visiones a quien esté a la espera. Solo quien presta atención y se dispone a la escucha se verá implicado. Buscar y desear el significado de la existencia son las condiciones de que venga la escritura inspirada. Se necesita paciencia orientada, apertura interior. La existencia no es solo la de las grandes, pequeñas o mediocres empresas humanas sino también las grandes extensiones de agua, de rocas, de desiertos y de bosques. Historias humanas y no humanas de tiempos distintos, constantemente entrelazadas. Todo es cofre de significados posibles.

¿Cómo pasar por la puerta estrecha, cómo encontrar la llavecita de oro para que un perfil de lo real se despliegue ante nosotras y resuene en nosotras? Ciertamente, las personas, la vida, las cosas se preguntan. Se desea conocer

el mundo. A veces se encuentra respuesta y la visión, la palabra inspirada nos interpelan como si hubiéramos sido escuchados y cumplidos.

Milagros plantea una pregunta hablando sobre una *impasse* vivida con mujeres de *Duoda*, el centro de investigación de mujeres de la Universidad de Barcelona. Aunque hubieran dicho muchas veces que querían escribir, muchas no lo han conseguido a pesar de haber sido invitadas a hacerlo. ¿Tiene esto que ver con lo que escribió María Zambrano en *Hacia un saber sobre el alma* cuando dice que ciertas cosas no pueden ser dichas con la voz, solo escritas? ¿Y qué es lo que les impide formular ese secreto al que solo llega la escritura? La respuesta de Milagros es que la escritura inspirada implica en una verdad que a veces puede ser demasiado grande para ser acogida. Es un hecho que el soplo nos mete en una relación con nosotras mismas partiendo de algo que sentimos extraño, como si nos fuera ajeno, pero que reconocemos como verdadero, hasta invitarnos a un camino de transformación. Esto puede obligar a atravesar estratos de dolor y de planos de ser profundamente desconocidos. Una puede asustarse y retraerse. La verdad abre un horizonte a veces demasiado grande con respecto a lo que podemos soportar subjetivamente.

Son bonitas las partes del diálogo dedicadas a los libros. Es parte también de mi experiencia el hecho de que -como dicen ellas- haya libros inspirados que inspiran. Por eso, el releerlos de vez en cuando citándolos de memoria, es constitutivo del proceso de creación, transformación, iluminación. Son libros que se vuelven así textos sagrados de nuestra existencia. Escribe Antonietta: “Pero de por sí los textos inspirados te obligan, te obligan como cuando este señor, Santiago, en esa carta, dice: tengan fija la mirada en las Escrituras, para entenderlas. Podría también querer decir que es una escritura pero te dará la posibilidad de una visión, porque se va encarnando en tu vida.” En sintonía con esto, durante muchos años en la universidad he invitado a las alumnas y alumnos de filosofía a leer y estudiar los textos amadísimos que

explicaba como si fueran textos sagrados, invitando a meditar la palabra para que se encarnara en sus vidas. Se volviera experiencia vivida.

Para terminar, querría hablar de las críticas que Antonietta Potente y María-Milagros Rivera Garretas hacen del mundo universitario. Por una parte es muy cierto que las normas académicas de escritura, de toma de la palabra, de niveles de calidad propuestos, son auténticas técnicas disciplinarias que dibujan relaciones de poder concretos. Queda excluida de ahí cualquier pensamiento de idea inspirada. Pongo un ejemplo. Si se publica un artículo en una revista, es obligatorio que haya evaluadores anónimos, que no se deben conocer entre sí. Estos hacen observaciones y propuestas de cambio del artículo que hay que observar para poder llegar a la publicación. Es una estrategia concreta de sometimiento. Uno de sus efectos más letales es que corta de raíz el vínculo de autoridad entre una maestra o maestro y quien confía en ella o él. No puede haber consejos para buscar el camino de lo esencial que se quiere expresar en fidelidad al soplo. Se destruyen también los vínculos de amistad en el estudio. Obviamente, toda idea de escritura inspirada les resultará absurda a los evaluadores anónimos de los textos. Tiene también razón Milagros cuando explica que para obtener fondos para la investigación hay que redactar un proyecto en el que se especifiquen los objetivos y resultados a obtener. Lo cual es ajeno a toda práctica de búsqueda de pensamiento, que sabe más o menos de dónde parte -la intuición inicial, la palabra inspirada- pero no sabe qué conseguirá ni cuáles serán los descubrimientos y las transformaciones. Porque solo al final se puede decir en qué se ha convertido el texto y, con él las que escribimos.

Si por un lado la crítica es justa, por otro es también verdad que la universidad es un sitio en el que se pueden hacer cosas libres e inspiradas, como invitar a las y los estudiantes a relacionarse con los textos filosóficos como textos sacros que encarnar y experimentar, como he hecho durante años. O, como es el caso de Milagros, haber dado

clases inspiradas en las que alumnas y alumnos dejan de tomar apuntes y escuchan porque se dan cuenta de que algo otro está pasando en el aula. La voz de la docente abre a un acontecimiento irreproducible del que se sienten partícipes.

Puedo añadir que en la universidad nacieron experiencias como la de *Duoda* o la de *Diótima*, donde mujeres que generan autoridad han sabido convertir el gusto por la libertad en prácticas concretas y fundadoras de un mundo. Y esto siendo fieles a lo que sentían.

(Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas)